



ESFINGE

apuntes para un pensamiento diferente



China, una amalgama de pueblos



¿Un nuevo sueño para China?



China y el taoísmo



Pekín, un viaje al corazón del dragón chino



Confucio, ¿educador o político?





Editorial

Pensar en China

No siempre tenemos en cuenta la historia de los países que vemos protagonizar la escena internacional, ni cuando son sujetos de conflictos bélicos ni en otras ocasiones, algo más pacíficas, como las guerras comerciales que parecen sustituir a las destrucciones sangrientas, olvidando sus momentos dorados en el pasado. Es un error, pues cada país ha construido su identidad en sucesivos periodos de la historia, y lo que conocemos en la actualidad viene a ser una síntesis de todo lo vivido, pues cada cultura, en cierto sentido, es un precipitado de historia.

Ahora se habla de China en los medios de comunicación como el «gigante asiático», no solo por su extensión territorial, ni por su población, sino también por su capacidad económica, con un régimen político sui generis y, en ocasiones, muy alejado de lo que se consideran los valores cívicos de la civilización occidental, aun con sus intentos de acercamiento y diálogo.

Nosotros hemos pretendido fijarnos en otros matices y nuestros colaboradores nos han preparado interesantes enfoques sobre lo que podríamos llamar «el alma china». Con este número monográfico pretendemos invitar a nuestros lectores a profundizar en los aspectos culturales de una tradición que hunde sus raíces en un pasado remoto y que, aún hoy, en estos tiempos de globalización del escepticismo, siguen vigentes.

Mirar a China es también recordar los nombres de sus sabios y sus enseñanzas, sus ideales de excelencia moral, es recordar sus aportaciones científicas y técnicas y sentir que los chinos de hoy son sus herederos.

El Equipo de Esfinge



Mesa de Redacción:

M^a Dolores F.-Fígares,
directora
Miguel Ángel Padilla,
mesa editorial
Héctor Gil
editor
Elena Sabidó,
redacción y archivo
José Burgos,
informática y diseño web
Esmeralda Merino
estilo y corrección
Lucía Prade
suscripciones y redes sociales
Gabriela Ruksenaite
SEO
Ricardo Rodríguez
maquetación
NA Madrid
impresión

Comité de expertos:

M^a Dolores F.-Fígares.
Periodista y Antropóloga
Manuel Ruíz. Biólogo
Juan Carlos del Río
Matemático
Javier Saura. Jurista
Sebastián Pérez. Músico
Francisco Capacete. Jurista
Cinta Barreno. Economista
Sara Ortiz Rous. Ingeniera
Miguel Ángel Padilla.
Filósofo y Coach
Francisco Iglesias. Nutricionista y
Preparador Físico

La revista Esfinge está impulsada por un equipo de personas comprometidas con el cambio que necesita la humanidad en todo el planeta. Se realiza de forma totalmente altruista por socios de:

*Organización Internacional
Nueva Acrópolis*

Asociación Divulgaciencia

GEA

Instituto de Artes Tristán

Red Ética Universal

Y colaboradores de varias partes del mundo desde diferentes ámbitos culturales, científicos y sociales.



China, una amalgama de pueblos

China, con casi 1400 millones de habitantes, es un país donde la gente sigue vinculada a su historia y sus tradiciones. Su legado, tan extraño a nuestras costumbres, es fruto de una historia ininterrumpida de tres milenios y medio y nos ha llegado a través de una enorme cantidad de documentos escritos.

Teresa Cubas Lara

Una de las primeras cosas que nos sorprende de China es su enorme población. En este momento, cerca de 1400 millones de habitantes, una quinta parte de la población mundial.

Hoy en día, la aceleración de los tiempos parece producir una cierta ruptura con el pasado y, sin embargo, en cada uno de los lugares de nuestro mundo, la gente sigue estando vinculada a su historia y sus tradiciones. China es un país donde esa vinculación con los antepasados es muy fuerte. El legado de esta nación es de un profundo interés, tan rico y tan extraño a nuestras costumbres. Se trata de una historia ininterrumpida de unos tres milenios y medio, desde finales del Neolítico, cuando comienza la agricultura y la ganadería, hasta nuestros días. Además, los chinos han tenido y siguen teniendo alma de historiadores, porque su mayor preocupación es la organización de este mundo y la felicidad de esta vida. Son muy prácticos.

Los chinos han tenido y siguen teniendo alma de historiadores, porque su mayor preocupación es la organización de este mundo y la felicidad de esta vida. Son muy prácticos.

Su civilización ha dejado una superabundancia de documentos. Ningún país del mundo, antes de los tiempos modernos, ha producido tantos escritos, ya que China empezó a multiplicar y a producir libros medio milenio antes de que Europa inventara la imprenta (año 1500).

Además, China también rebosa de inscripciones, por ejemplo, los huesos oraculares en caparazones de tortugas, que nos proporcionan una visión privilegiada de las primeras etapas de su civilización sobre variados aspectos, como política, economía, cultura, religión, geografía, astronomía, calendario, arte y medicina.

Bien, no es fácil definir a China, porque ha sido una realidad compleja, que no ha cesado de transformarse a lo largo de milenios.

1. China no es esas ciudades palacio de época antigua diseminadas a lo largo del río Amarillo, el sexto río más largo del mundo. China también tiene el río Yangtsé, el tercero más largo del mundo, después del Amazonas y el Nilo.

2. Tampoco es China esos siete grandes reinos que unificara el rey de Qin por el año 200 a. C. El rey de Qin se autoproclamó «primer emperador», marcando los comienzos de la China imperial.

3. Y China tampoco es esa dispersión de su gente que hoy en día se extiende por todos los continentes.

Así que lo mejor es referirse a China como *el mundo chino*.



También, por otra parte, la imagen de China que se tuvo durante mucho tiempo y que daba la impresión de una continuidad y pureza étnica, al ponerse el acento sobre las grandes dinastías, es algo erróneo. Esto ha ocurrido por un nacionalismo ingenuo, que ha deformado la realidad de la historia, y que también ha podido ocurrir en otros países, por supuesto. Pero las poblaciones de lengua y cultura chinas son el producto de innumerables mezclas con las poblaciones vecinas y a veces lejanas, como los confines de la India, de Irán y de Oriente Medio.

Y contrario al tópico por el cual China terminaba por absorber siempre a sus conquistadores, es decir, todos se achinaban... esos pueblos han contribuido, en potencia, a la formación de la civilización china, sobre todo aquellos de los que más difería, como por ejemplo, los nómadas de la estepa mongola, que fundarían la dinastía Yuan (1279-1368).

Así, podemos decir también que la actual República Popular China, con sus inmensos «territorios autónomos» de Xinjiang o Turkeistán chino, de población musulmana, del Tibet y de Mongolia interior, todo esto es la herencia geográfica de la dinastía manchú Qing, que duró casi tres siglos, hasta 1911.

Dentro del amplio conjunto geográfico y humano del Asia oriental, las poblaciones de lengua y cultura chinas, la denominada etnia Han, son hoy el grupo más numeroso, el 90%. Son 56 grupos étnicos los reconocidos de modo oficial por el Gobierno de la República Popular China. Y aunque los tratados políticos nos obligarían a calificar de ciudadanos chinos a todos los habitantes de este país, esa no es la realidad.

Más de 100 millones de individuos pertenecen a otras nacionalidades, ocupan territorios autónomos en apariencia, y en todas las regiones, las «minorías étnicas» son los vestigios de poblaciones en las que la historia ha estado marcada por un retroceso constante ante la colonización china. Algunos ejemplos: Tibet ha estado sometida desde 1959 a una represión constante. Y el vasto Xinjiang, el antiguo Turkeistán chino, poblado por musulmanes uigures, también conoce levantamientos esporádicos que causan gran inquietud al Gobierno de la República.

Rasgos que parecen distinguir a los chinos de lo occidental

Toda generalización es peligrosa: hemos de saber de qué estamos hablando, de qué época, de qué sector de las actividades humanas, de qué medio social. Nos detendremos, por tanto, en lo que parece más significativo.

Hay una frase atribuida a Confucio, que vivió todavía en la época de los privilegios nobiliarios, que decía: «¿Condenar a muerte a una persona sin haberla instruido es tiranía?».

Concebido en la mayor parte de las civilizaciones como fuerza de coacción, el poder fue en China, más bien, el principio animador y organizador de lo social.

Otro aspecto: se ha insistido mucho en época contemporánea sobre el carácter en particular agrario de la civilización china, pero no fue solo agrícola, dotada de un sorprendente genio inventivo, fue también, sobre todo, técnica.

Inventó muy pronto técnicas elaboradas de hilado y tejido, como por ejemplo, la seda; aunque fue, sobre todo, en el terreno de las artes del fuego donde China fue más inventiva y alcanzó mayor celebridad con sus bronce, su hierro fundido y su acero.

Las poblaciones de lengua y cultura chinas son el producto de innumerables mezclas con poblaciones vecinas y a veces lejanas.

La historia de la cerámica china es una de las más ricas del mundo y las porcelanas alcanzan ya su perfección a partir del siglo XII.

Hasta el siglo XIX China fue, sin duda, la mayor exportadora de productos de lujo del mundo, con un tráfico que provocó corrientes comerciales de amplitud mundial: sedas, cerámicas, té, algodones, lacas, muebles...

Debido a la importancia decisiva que desde muy antiguo les atribuyeron en todos los actos de la vida y del gobierno de los hombres, los chinos tuvieron la pasión de las apreciaciones temporales y espaciales. Desde hace muchos siglos, todo el mundo sabe en China la fecha y hora de su nacimiento, necesario en las artes de adivinación; y el espacio era para cada uno el lugar de las

poderosas fuerzas invisibles. En China todo se fecha con precisión y debemos a los textos chinos todo lo que sabemos de la historia antigua de Asia central, de la India, del budismo, de los turcos de Mongolia, de la península indochina...

Una de las singularidades de China es haber desarrollado, antes que Occidente, una concepción abstracta del Estado, una administración racional y una legislación propia, una distinción clara entre lo público y lo privado, y la especialización de las funciones (la división en seis ministerios –función pública, finanzas, culto y relaciones exteriores, guerra, justicia, obras públicas– se remonta al tercer siglo de nuestra era).

Los magistrados chinos, dispuestos a veces a sacrificarse por la defensa del bien común y el respeto de las reglas rituales que cimentaban el orden social, no fueron siempre simples servidores del soberano.

Es extraordinario que semejante sistema político, perfeccionado a lo largo de los siglos, haya podido extenderse tan rápido a un mundo tan amplio como Occidente y de una diversidad humana también enorme.

La historia de la cerámica china es una de las más ricas del mundo y las porcelanas alcanzan ya su perfección a partir del siglo XII.

La escritura

Para los que no entienden, nada más extraño y complejo que la escritura china. De aquí surge la idea, no menos rara, de que los mismos chinos son gente en especial complicada.

Esta escritura es, en efecto, el único ejemplo en el mundo de una escritura de palabra donde cada signo corresponde a una unidad con significado y la única de este tipo que se ha mantenido desde la Antigüedad hasta nuestros días por múltiples razones.

A pesar de que el aprendizaje del alfabeto romano exigía menos esfuerzo que el de los caracteres de la escritura china, la lectura y la escritura parecen haber estado más difundidas en China que en Occidente y el número de personas cultas, más elevado que en una Europa donde la nobleza menospreciaba las letras y donde tan solo un pequeño número de religiosos tenía acceso a la escritura.



de la gran diversidad de dialectos por lo que en China se impuso, desarrolló y preservó una escritura común al conjunto de los países chinos.

Contribuyó de modo eficaz desde su normalización, a finales del siglo III antes de nuestra era, a la unificación política, y permitió el desarrollo de una lengua escrita que ha servido de medio de expresión a una gran parte de la humanidad, porque el chino escrito ha sido también la lengua culta y administrativa de Vietnam, de Corea y de Japón. Como el latín en Europa, el chino escrito ha contribuido así a la formación de una gran comunidad de civilización en Asia oriental.

Fue por razones administrativas y a causa de la gran diversidad de dialectos por lo que en China se impuso, desarrolló y preservó una escritura común al conjunto de los países chinos.

Esta es la razón principal de su conservación, sin hablar de un valor sobre todo estético.

Y un último aspecto a destacar es que la riqueza de la lengua escrita se explica en parte porque, a diferencia de la nuestra, la civilización china ha dado menos valor a la oratoria, tanpreciada desde nuestra Antigüedad clásica, que a las cualidades literarias de los escritos y los caracteres estéticos de la caligrafía, verdadero arte al que se otorgaba en China un valor igual al de la pintura y en el cual se veía el testimonio claro de la personalidad moral de cada calígrafo. Algunos de ellos son tan célebres como los grandes pintores.





¿Un nuevo sueño para China?

A la misma China, sobre la que tantas penalidades se han abatido, se le ha propuesto un nuevo «sueño chino» (en chino: Zhōngguó mèng), concepto abanderado por Xi Jinping, actual presidente de la República Popular China. Su contenido básico es hacer realidad un país próspero y fuerte, una nación vigorosa y un pueblo feliz. Sus principales metas serían fortalecer la nación, elevar el nivel de vida de la población y acabar con la corrupción en los distintos niveles gubernamentales.

Teresa Álvarez Santana

La aceleración de los cambios parece producir hoy en día una cierta ruptura con el pasado y, sin embargo, en cada uno de los lugares de nuestro universo en mutación, los hombres siguen siendo tributarios de su historia y de sus tradiciones.

El presidente Xi declaró:

«Creo que conseguir el gran rejuvenecimiento de la nación china constituye el mayor sueño chino de los tiempos modernos».

El eslogan del sueño de China tal y como lo entiende el presidente Xi parece imitar la expresión «sueño americano», pero se trata casi de la antítesis de ese sueño de vida, que implica que cualquier individuo puede alcanzar la libertad y felicidad personales por sus propios esfuerzos y que se halla reemplazado por una búsqueda que subordina sueños individuales en pos del sueño colectivo. Y es que, en verdad, China necesita su propio sueño, su propio principio rector, y este deseo de gloria por la patria ha sido la fuerza que ha impulsado durante siglos a los pensadores chinos.

China ha sido, durante milenios, la civilización por excelencia en toda la parte oriental del continente euroasiático.

Sin embargo, por todo lo que parecen tener en común a lo largo y ancho del mundo los asuntos contemporáneos, políticos y económicos, casi consiguen hacernos olvidar que China y los países de Asia oriental en su conjunto no son un simple apéndice de Occidente. No han perdido su carácter original, fruto de una historia que ha permanecido durante largo tiempo independiente de la nuestra. Si durante mucho tiempo se ha opuesto una «China moderna», transformada por las influencias de Occidente, a una «China antigua» -insólito resumen de los anteriores milenios-, ha sido en virtud de esa convicción implícita de que no puede haber en el mundo otro modelo de desarrollo que no sea el nuestro, y de que hay un único tipo humano, válido para todos los tiempos y todos los lugares: el hombre occidental contemporáneo.

La China llamada «moderna» no representa, de hecho, más que el episodio más reciente de una larga evolución. China ha sido, durante milenios, la civilización por excelencia en toda la parte oriental del continente euroasiático.

No hay lugar del mundo en que la gran transformación de la era industrial se haya llevado a cabo sin crisis y sin tragedias. Era natural que el peso del pasado gravitara, con mayor fuerza que en ninguna otra parte, en un país de civilización antigua como China.

Sin embargo, no se puede decir que China, respecto a muchas de las naciones occidentales, tuviera un gran retraso desde el punto de vista técnico o fuera imposible de industrializarse, puesto que hay empresas chinas de finales del siglo XIX que, en su época, parecen haber estado tan bien equipadas como sus homólogas de Gran Bretaña.

A China no le faltaban tampoco las tradiciones científicas que le permitirían asimilar los nuevos adelantos de la ciencia occidental en los siglos XIX y XX. Si el mundo chino no consiguió entrar en la era industrial en el momento oportuno, no fue tanto por una incapacidad básica como por una conjunción histórica especialmente desfavorable: divisiones políticas, debilidad de la agricultura, falta dramática de capitales y el carácter militar de las nuevas industrias. A decir verdad, China careció de la oportunidad y de los medios para adaptarse a las transformaciones de la época.



La China que en los últimos años del siglo XIX se disputaban las naciones extranjeras era un país desgarrado en su interior, incapaz de reconocer su propia faz y que no tardaría en renegar de sí misma. La presión extranjera no se limitó a ser solo una incitación, sino que actuó al mismo tiempo como un freno, tanto social, económico y político como psicológico.

La búsqueda desesperada, emprendida por algunos intelectuales, de una ideología salvadora en la tradición confuciana, y el conservadurismo de numerosos patriotas, conducen a una fuerte reacción de orgullo nacional. Esta tragedia, que ha sido la de todos los países colonizados, estuvo en China a la altura de la magnitud de su civilización. China conserva todavía hoy la marca de este profundo golpe.

Otro elemento compartido por la mayoría de los chinos influyentes en la China actual es el deseo de salvaguardar partes de la tradición autóctona.

Con el paso de las décadas, el deseo de probar algo, cualquier cosa, resulta evidente. Pero, como siempre, el factor unificador es un «Estado fuerte». Incluso Sun Yat-Sen, cuya ideología incluía los «derechos del pueblo», veía tales derechos como una necesidad para

fortalecer el país. Y así, al contrario que otras revoluciones, la de la China comunista no se inició por motivos idealistas, como la libertad, sino animada por el fin de recuperar la gloria nacional. Vemos que el nuevo *sueño de China*, defendido por el presidente Xi, se enmarca firmemente en la tradición de aquellos que lo precedieron.



Igualmente, otro elemento compartido por la mayoría de los chinos influyentes en la China actual es el deseo de salvaguardar partes de la tradición autóctona, lo cual es compartido por pueblos de todo el mundo cuando se enfrentan a la lógica brutal de la modernización. Y lo cierto es que muchos de los reformistas radicales primero pensaron en deshacerse del pasado, y luego mejoraron su opinión de él. Estaban deseosos de probar lo peor, pero más tarde se contuvieron. Es un problema dar por hecho que las tradiciones suponen un perjuicio para el desarrollo y que se necesita de su destrucción, porque es bien sabido que la modernización ha destruido tradiciones en todos y cada uno de los países que ha tocado, pero algunos han conservado muchísimo más de sus tradiciones que China y, aun así, se han modernizado: cabe pensar en Japón o Corea del Sur. En el caso de Mao Zedong, es posible que destruyera gran parte de la sociedad tradicional, pero no está claro que la supervivencia de esta última hubiera impedido el ascenso de China.

Como paréntesis aclaratorio, introducimos esta información de que años después de la muerte de Mao Zedong en 1981, el Partido Comunista de China publicó un análisis oficial sobre la responsabilidad de Mao en los problemas sociales y económicos derivados de sus políticas, en el que se le achacaban errores graves, aun cuando se reconocía su papel como gran líder revolucionario y artífice de la subida al poder del Partido Comunista. Desde entonces, el Partido Comunista de China ha mantenido esta valoración histórica de Mao como un gran líder, fuente de legitimidad del propio partido, que, sin embargo, habría cometido algunos errores graves.

El cuarto de siglo que empieza con la proclamación en Pekín, el 1 de octubre de 1945, de la República Popular de China y termina con la muerte de su fundador e inspirador, Mao Zedong, en septiembre de 1976, es probable que será recordado por la historia como un periodo

excepcional. Se caracterizó por una extraordinaria agitación, profundas crisis y un peligroso crecimiento de la población, pero todavía es demasiado pronto para decir cuál será su lugar en la historia, dado que esta historia está todavía en gestación.

El cuarto de siglo que empieza con la proclamación, en 1945, de la República Popular de China y termina con la muerte de su fundador e inspirador, Mao Zedong, en 1976, es un periodo excepcional de una extraordinaria agitación, profundas crisis y un peligroso crecimiento de la población.

La ruptura con periodos anteriores es evidente, pero es probable que aún haya múltiples vínculos con el pasado más reciente, y seguro que haya vínculos más sutiles, pero no menos fuertes, con un pasado más antiguo, porque las aspiraciones revolucionarias, igualitarias y utópicas de la tradición china parecen haber seguido inspirando a los dirigentes de la nueva China. Por otra parte, el sentido de la organización, la disciplina colectiva, el adoctrinamiento, las grandes obras públicas de dimensiones gigantescas e incluso el paso tan sorprendente del caos y la anarquía al orden, no son cosas tan nuevas en China. En un marco sin duda nuevo por completo, algunas tradiciones estatales y algunas tradiciones morales parecen haberse perpetuado hasta nuestros días.

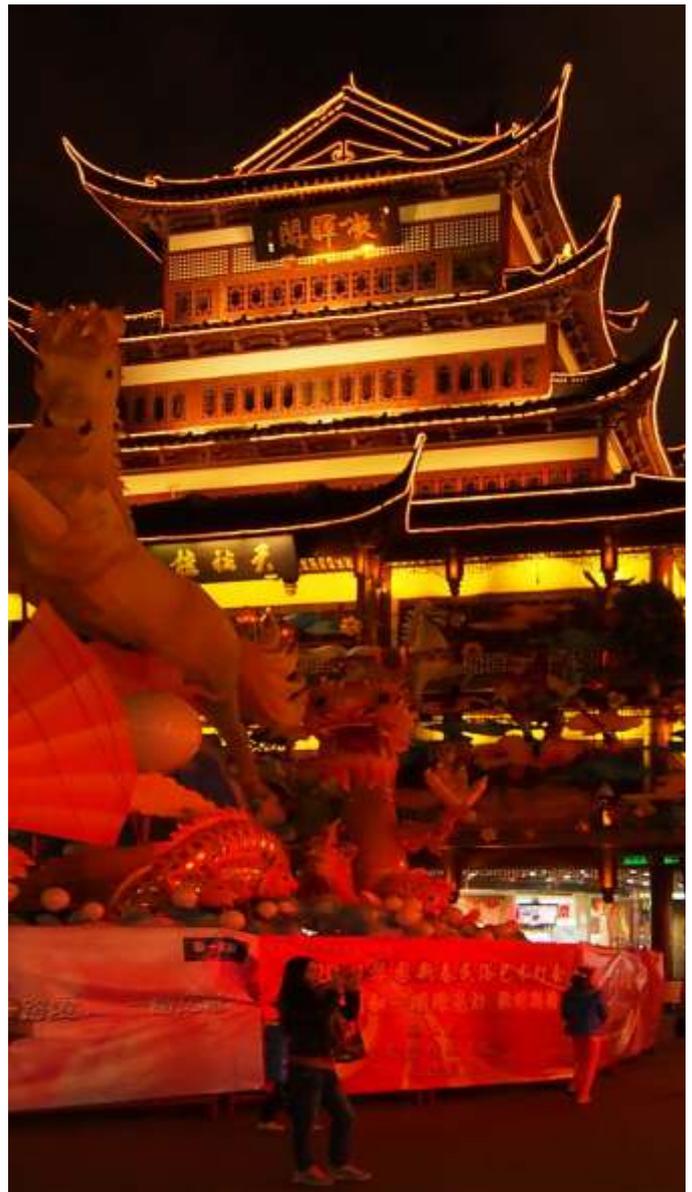
En la actualidad, es un germen de tensión el creciente nacionalismo que se vive en varias regiones de China, lo que está provocando serios conflictos, y es probable que este problema no se mitigue en las próximas décadas. Resulta en exceso especulativo saber en qué parará todo esto, pero los dirigentes chinos, situados entre la necesidad del desarrollo económico y las amenazas de agitación social, están dando muestras de una notable habilidad. La prodigiosa renovación que se ha operado en el país estos últimos veinte años, aún continúa imparable. Y en esa línea, el «sueño chino», que es una de las marcas más representativas del mandato de su presidente Xi Jinping, está apuntando a varias ideas que lo singularizan.

En primer lugar, la de progreso con identidad, es decir, la necesidad de recuperar un equilibrio entre la modernización y la tradición. Y, en segundo lugar, la exigencia de una vía propia, adaptada a sus especificidades y que no resulte una copia mimética de los modelos occidentales.

Es posible que, si en época contemporánea, un inmenso país arruinado por un largo periodo de guerras y que era uno de los más miserables del mundo, pudiera recuperarse en pocos años, suscitando una admiración general, para luego emprender una auténtica reconversión

apelando a técnicas y capitales extranjeros y descartando la mayor parte de las coacciones heredadas de la tradición comunista, sí, es posible que ese país pueda soñar con realizar todavía cambios profundos en materia de instituciones y de comportamientos sociales e individuales para salir de sus dificultades. Y que el sueño del presidente Xi, que completa el anuncio de Mao de que China se puso de pie y la vocación de Deng por desarrollar la economía del país, pueda ser finalmente el sueño colectivo del renacimiento de China.

Aunque, esbozando en pinceladas el concepto de una política integral, según los antiguos sabios de todas las civilizaciones, confiemos en que ese sueño de China, como el sueño de cualquier otro pueblo de la tierra, no se detenga tan solo en la solución aislada de problemas económicos, sociales u organizativos, sino que penetre en lo psicológico, en lo espiritual, y satisfaga también el corazón del hombre, para poder darle un real y profundo motivo de por qué vivir.





China y el taoísmo

Es muy curioso comprobar cómo, en pleno periodo de crisis mundial, un país está acaparando el máximo interés por parte de todos, asombrados ante su despegue económico, no solo dentro de sus fronteras, sino allá donde la sociedad china desembarca. ¿Cómo se puede entender este fenómeno? Quizá adentrándonos en sus orígenes podamos lograr vislumbrar algún rayo de luz al respecto.

Ricardo Saura

China es un país muy viejo; tan viejo que sus orígenes reales se nos escapan. Si bien se acepta que los tiempos históricos empiezan en el año 2197 a. C. con Yu, fundador de la dinastía Hsia, hay testimonios que nos hablan de una cronología más antigua, que data el principio de su historia en el año 2698, con el mítico Emperador Amarillo, conocido como Huang Ti, siendo considerado el primer unificador de China. En este periodo ancestral logró desarrollarse una civilización floreciente que alcanzó un esplendor semejante, o aun superior (según algunas voces) a la que se dio en Egipto o Mesopotamia.

Pero así como estas civilizaciones milenarias decayeron y desaparecieron para siempre, China, tras un periodo de «edad media» (722-221 a. C.) en el que el inmenso imperio se descompuso en multitud de Estados, se levantó de nuevo para constituir las dinastías históricas que conocemos, y que perduraron con mayor o menor fortuna hasta el año 1912, en que es destronado definitivamente el emperador, desapareciendo por

tanto el periodo imperial y entrando de lleno en la etapa «moderna» de una manera traumática, pues su mentalidad ancestral es rota en mil pedazos por las nuevas corrientes materialistas importadas de Occidente.

El comunismo se impuso finalmente, como sucedió en amplios sectores de la población mundial, y todo el acervo cultural fue eliminado de cuajo con la «revolución cultural» de Mao Tsé Tung. Todo tipo de libro llegó a estar prohibido, a excepción del adoctrinador *Libro Rojo*, que, en olor de multitudes, constituyó la base de su ideología.

Pasado el tiempo, las nuevas generaciones chinas han puesto su mirada nuevamente en Occidente, flexibilizando un tanto su concepción del comunismo, que ha fracasado definitivamente como concepto político. Así, a la vista de la necesidad de un desarrollo económico viable en el panorama internacional, los dirigentes del Partido han sabido adaptarse a un capitalismo controlado por un régimen comunista, algo incomprensible hace algunos años.

Pero este pueblo milenario encierra en lo más profundo de sí una forma de ser que traspasa las barreras del tiempo para adentrarnos en la magia de los valores atemporales, si bien es cierto que desdibujados actualmente por un enfoque equivocado.

El comunismo eliminó todo el acervo cultural con la «revolución cultural» de Mao Tsé Tung. Todo libro llegó a estar prohibido, a excepción del adoctrinador *Libro Rojo*, que constituyó la base de su ideología.

Elementos como la paciencia, la modestia, el autocontrol, la laboriosidad, la meticulosidad, la cortesía, la amabilidad, el respeto a sus mayores, a sus superiores, el apoyo mutuo, la adaptabilidad a todo tipo de situaciones para salir adelante, son valores muy arraigados todavía en su forma de ser y comportarse.

¿De dónde arranca esa mentalidad tan atractiva y sugerente?



Un carácter muy antiguo

En tiempos míticos, que corresponden a ese periodo del pasado más remoto que se conoce como protohistoria por no haber documentación escrita al respecto, aunque sí tradiciones orales y leyendas, aparece un personaje legendario conocido como Fu Hsi (o Pao Hsi), que marca un antes y un después en una sociedad prehistórica sin ningún tipo de principios de conducta ni de normas de convivencia que, luchando por sobrevivir, se alimenta de carne cruda como cualquier animal depredador. Y es entonces cuando este ser especial, dotado de una sabiduría extraordinaria, instituye un orden social dotándoles de leyes, reglamentando el matrimonio, instruyéndoles en técnicas de caza y pesca, mostrándoles el arte de cocinar los alimentos y dándoles unos signos oraculares con el ánimo de prevenir situaciones no deseables en el futuro.

El Pa Kua constituye la base sobre la que se va a asentar, no solo la filosofía o forma de entender el mundo de la sociedad china, sino todo tipo de ciencia y arte que se ha desarrollado en este inmenso territorio desde sus orígenes.

Este ser formaba parte de un clan que continuó su labor civilizadora por generaciones, labor que fue perpetuada por el clan del Divino Agricultor, quien les enseñó a cultivar la tierra, dotándoles del arado como elemento necesario para esa tarea. Y así llegamos al clan del Emperador Amarillo y sucesivos clanes (Yao, Shun...), que gobernaron entre aquellos hombres, cada vez más humanizados e instruidos.

Aquellos signos que Fu Hsi transmite a los seres humanos se conocen como el Pa Kua, y constituyen la base sobre la que se va a asentar, no solo toda la filosofía o forma de entender el mundo de la sociedad china, sino todo tipo de ciencia y arte que se ha desarrollado en este inmenso territorio desde sus orígenes.

Esta forma tan particular de enfocar la vida se denominó taoísmo, y el punto central de todo ese sistema de pensamiento lo constituye el Tao.

Para entender qué es el Tao, vamos a recurrir a otro personaje clave en el desarrollo de la mentalidad de este pueblo: Lao Tsé, quien, junto con Confucio, constituyen dos piezas angulares de su cultura. Ambos, en el siglo VI a. C., van a beber de las fuentes taoístas, principalmente a través de un tratado, conocido como el *I Ching (Yi King)*, el *Libro de las mutaciones* (o de los cambios), donde aquellos ocho signos primarios o trigramas del Pa Kua se desarrollan (las fuerzas polares existentes en todo el universo del yin y el yang se combinan entre sí para ofrecernos las diferentes situaciones en las que podemos encontrarnos en la vida). Algo similar ocurre con el juego del ajedrez, donde ocho casillas blancas y negras, por cada lado, se combinan entre sí para presentarnos 64 posibilidades transitorias de acción, como finalmente aquellos ocho trigramas primarios del *I Ching* dan la resultante de 64 hexagramas donde se desarrolla nuestra vida.

La idea fundamental del *I Ching* es la del cambio. «Todo cambia, nada permanece estático», es un viejo concepto taoísta que muestra que el universo, la naturaleza de la que nosotros formamos parte, están en constante movimiento o transformación. De ahí la necesidad de conocer la naturaleza y sus ciclos, para saber adaptarnos a ella y aprovechar al máximo nuestras posibilidades de crecimiento o desarrollo interior.

En el *Tao Te King* se habla del Tao como una fuerza universal que dirige todas las cosas hacia su perfección. Sin embargo, siendo algo indefinible, no se puede explicar con palabras.

El zen como enseñanza

Lao Tsé escribió un texto que se ha considerado la expresión escrita más pura que existe sobre el Tao: el *Tao Te King*, o el *Libro del poder del Tao*. A lo largo de los siglos, tras sucesivas copias y, posteriormente, a través de las diferentes traducciones a los diferentes idiomas por parte de varios autores, teniendo en cuenta lo complejo y amplio en su interpretación que es el idioma chino, podemos encontrar diferentes versiones que a veces más que aclararnos lo que es el Tao, lo dificultan en grado sumo. Pero tenemos que entender que tratar de explicar con palabras algo tan sutil es como querer apresar el

viento entre nuestras manos: un imposible. A este respecto, la filosofía Cha'n, conocida luego en Japón como zen (originalmente una mezcla del taoísmo con el budismo importado de la India) tiene diferentes anécdotas que muestran una huida de todo tipo de explicación, como esta:

«Un discípulo le preguntó a su maestro: *¿Cómo puedo entrar en el Tao?*, a lo que este contestó: *¿Oyes el murmullo del arroyo? Ahí está la entrada*».

El Tao ha sido interpretado como verdad, destino, Providencia, ley, sentido, camino, Divinidad...

He aquí otra anécdota zen:

«Maestro, ¿qué es el Tao?».

«¡Qué bonita montaña!», contestó este.

«¡No te pregunto por la montaña, sino por el Camino!», replicó el discípulo.

El maestro dijo entonces: «Hasta que no puedas ir más allá de la montaña, no encontrarás el Camino».

Este alejamiento de las explicaciones racionales es una manera de decir que la forma de entender lo más profundo es a través de otra vía, pues la razón es pobre cuando se trata de penetrar en el mundo de las esencias.

El ideograma que conforma la palabra *Tao* está constituido por dos caracteres: uno indica cabeza o conciencia; el otro, ir, vía; por lo que el Tao vendría a ser algo así como la vía o el camino del despertar de la conciencia.

En el *Tao Te King* se habla del Tao como una fuerza universal que dirige todas las cosas hacia su perfección. Sin embargo, siendo algo indefinible, no se puede explicar con palabras:

«El Tao del que puede hablarse no es el Tao eterno».

Entonces, ¿qué es el Tao?

«Hay algo sin forma y perfecto que existía antes de que el universo naciera. Es sereno, vacío, solitario, inmutable, infinito, eternamente presente. Es la Madre del Universo. A falta de un nombre mejor lo llamo Tao. Fluye a través de todo, dentro y fuera de todo, y al origen de todo retorna».

¿Cómo es la naturaleza, que nos muestra las virtudes que ha de poseer el sabio? Paciente, perseverante, humilde, generosa, justa, bondadosa, armónica, bella, perfecta en su imperfección, disciplinada, acogedora, como una verdadera madre que trata de ayudar, proteger y, al mismo tiempo, educar a sus hijos.

El sentido de la vida

Así pues, podemos decir que la vida tiene un sentido, y ese sentido es como una corriente, un fluir universal hacia el origen, donde todo nació y adonde todo ha de retornar, pero ese origen no es de índole física, pues se habla de él como de Algo vacío, es decir, no existe como algo manifestado,

como algo no ya formal, ni siquiera como materia primordial o caótica.

Entonces, siendo Origen y Destino, es también el Camino hacia ese destino final, por eso se ha denominado vía o sendero de evolución. La palabra *Tao* se pronuncia *Dao* en chino, y de ahí derivó en Japón al *Do*, que se ha considerado como la vía hacia la realización del ser humano, pues es la vía hacia la verdadera realidad trascendental. A través del zen, importado de China, se constituyó, en los siglos durante los que imperó el feudalismo, en el código de honor de los feroces guerreros samuráis, el *Bu-shi-do*, un código ético de comportamiento que modeló su carácter hosco y primitivo para constituirse en un canal hacia elevados estados de conciencia. Cuando finalizaron las guerras, se constituyó en una vía en las diferentes disciplinas marciales: iai-do, kyu-do, ju-do, karate-do, tae kwon do, aiki-do...

¿Cómo entender toda esta metafísica que entraña la comprensión del Tao?

A través de aquellos que han vivido según su particular mensaje, que no es otro que el de la ética. Lao Tsé nos habla de las cualidades o virtudes del maestro, que es aquel que vive de acuerdo con el Tao. El maestro es aquel que vive según las leyes de la naturaleza, y, por tanto, de la vida.

«El ser humano sigue a la Tierra, la Tierra sigue al Cielo, el Cielo sigue al Tao y el Tao se sigue a sí mismo».



Y ¿cómo es la Tierra, la naturaleza, que nos muestra las virtudes que ha de poseer el sabio? Pues paciente, perseverante, humilde, generosa, justa, bondadosa, armónica, bella, perfecta en su imperfección, disciplinada, acogedora, como una verdadera madre que trata de ayudar, proteger y, al mismo tiempo, educar a sus hijos. Así es un maestro de vida, y también así debemos ser nosotros en alguna medida si queremos encontrar la paz interior que se nos escapa. Si existieron maestros como Lao Tsé o Confucio, Buda, Pitágoras, Sócrates, Jesús y tantos otros, tenemos la prueba palpable de que es posible, y ellos son no solo esa demostración, sino los modelos a seguir.

Así pues, lo que hoy podemos admirar de los chinos no son sino los restos de lo que constituyó un modelo educativo durante cientos y aun miles de años, a tal punto que su impronta quedó grabada en el subconsciente colectivo. Pero lo esencial se perdió entre tantos intereses materiales.



Pekín, un viaje al corazón del dragón chino

Pekín, hasta no hace tantos años una ciudad casi hermética por su situación política, es cada vez más el destino elegido por muchos viajeros. La globalización, la reducción del precio de los vuelos y la apertura hacia Occidente hacen más fácil la visita al país asiático.

Miguel Ángel Bellver

Como regla de oro, antes de iniciar cualquier viaje es conveniente informarse de los requisitos de entrada en el país en cada momento, así como de las recomendaciones de vacunas, zonas de riesgo o cualquier otra información relevante sobre el destino elegido para evitar sorpresas innecesarias.

Así que, si decidimos viajar a China, para los ciudadanos españoles, es imprescindible obtener previamente el visado de entrada en el país si no queremos quedarnos en el aeropuerto de salida. Conviene saber que el tiempo de estancia es limitado y que su duración tiene que estar dentro del plazo de autorización del visado; de lo contrario, podemos tener problemas con las autoridades. Este trámite no es complicado, pero es riguroso, asegúrate de seguir las instrucciones de la web de la embajada si no quieres sufrir demoras en la obtención del visado. Una vez conseguido, ya estarás listo para aterrizar en el mayor aeropuerto del mundo.

Pekín o Beijing (Capital del Norte), como

indica su propia etimología, está situada al norte de la República Popular China. Toda su área metropolitana tiene una población de unos 22 millones de habitantes, casi la mitad de España, y está equiparada a la categoría de provincia.

Cuestiones prácticas

Sé previsor y lleva escrito en chino cualquier información importante que necesites durante el viaje, como direcciones de hotel, lugares de interés, intolerancias alimenticias o lo que tú consideres. Te resultará muy práctico y te evitará equívocos y pérdida de tiempo.

Consigue un diccionario, una guía y un plano antes del viaje. Allí te resultará difícil, la información en español no es muy abundante y tan solo hay un par de librerías internacionales. Asegúrate de tener disponibles estos recursos en tu teléfono antes del viaje, no siempre te será posible tener acceso a internet o será limitado. «Google Maps» te permite descargarte el plano de una ciudad y poder consultarlo después *off line*.

El inglés no está muy extendido entre la población, aunque la tecnología está a la orden del día y todos disponen de traductores en su teléfono móvil, que es la herramienta imprescindible en la vida cotidiana hasta para pagar en cualquier tiendecita.

Consigue un diccionario, una guía y un plano antes del viaje. Allí te resultará difícil, la información en español no es muy abundante y tan solo hay un par de librerías internacionales.

El turismo interior satura cualquier visita que puedas imaginar. No esperes encontrarte con rincones solitarios y prepárate para largas colas, aunque en algunos sitios hay accesos preferentes para extranjeros. Las fotos sin multitudes son casi una aventura imposible.

Pekín, en verano, es una ciudad sofocante, el calor es permanente las veinticuatro horas del día. El aire acondicionado está presente en todo momento y en todo lugar. Ve preparado para que esta circunstancia no te arruine el viaje.

No creas que en todos los locales vas a encontrar un lavabo siempre que lo necesites. Hay aseos públicos distribuidos por la ciudad con diferente grado de modernidad y limpieza. Este asunto, sin ser grave, puede resultar incómodo especialmente para las mujeres. Tenlo en cuenta cuando te muevas por la ciudad.

Pekín es una ciudad bulliciosa y vital a cualquier hora del día o de la noche, pero sus calles son seguras y su gente es amable y cortés con el extranjero, siempre dispuesta a ayudarte si lo necesitas.

Seguridad

Si bien la seguridad no es un problema, es posible que necesites identificarte en algún momento. Lleva siempre tu pasaporte contigo y en lugar seguro.

La vigilancia y el control son parte de la rutina de los chinos. La convivencia ordenada de 1400 millones de personas tiene su precio, y la idea de privacidad no es la que se tiene en Occidente. Debes saber que las cámaras de vigilancia son parte del paisaje urbano en cualquier rincón de la ciudad, y que los edificios públicos y lugares emblemáticos están permanentemente vigilados, además, por policía o personal militar que te escanearán a ti y a tu mochila en los accesos.



Todos los autobuses llevan un policía a bordo. Y cada vez que entres en una estación de metro tendrás que pasar un control de seguridad.

Los andenes del metro tienen protecciones de cristal para evitar caídas accidentales a las vías por la presión de la multitud, a pesar de que son respetuosos y ordenados al subir y bajar del vagón.

Respetar las recomendaciones y prohibiciones si no quieres tener problemas. En China las normas no son algo teórico, y los agentes, aunque sean adolescentes, tienen autoridad.

Pekín es una ciudad bulliciosa y vital a cualquier hora del día o de la noche, pero sus calles son seguras y su gente es amable y cortés con el extranjero, siempre dispuesta a ayudarte si lo necesitas. No hay motivos para desconfiar, aunque por norma siempre hay que ser prudente. No te sorprendas si quieren tomarse fotos contigo, especialmente los jóvenes y los niños; comparativamente no son tantos los extranjeros que se ven en la ciudad y siempre es una novedad para ellos.



Movilidad

Pekín es una ciudad muy populosa de proporciones enormes y las distancias entre los puntos de interés son grandes; familiarizarse con el transporte es una necesidad.

El tráfico es denso pero fluido. Además de los coches, está plenamente implantado el uso de bicicletas y vehículos eléctricos de dos ruedas.

Para nuestros desplazamientos, disponemos de una buena red de transporte. Mención aparte de los taxis merece el autobús, que es un medio estupendo para moverse, pero es

difícil conocer las líneas o la situación de las paradas por la dificultad del idioma. El metro es mucho más sencillo para el viajero. Tiene una red suficientemente extensa, hay señales indicativas en superficie de las estaciones, dispone de información en inglés, y es fácilmente identificable en un plano. Las diferentes salidas de las bocas de metro están bastante distantes entre sí, y las paradas, muy alejadas unas de otras.

Hay tres estaciones principales de ferrocarril que conectan la capital con el resto del país. Básicamente hay dos clases de trenes: de alta velocidad y convencionales. Si tienes pensado viajar en tren a otra ciudad, planifícalo y no esperes al último momento; es posible que no encuentres billete. Averigua previamente horarios, categorías y tipos de tren; informarse directamente en el momento del viaje no es la mejor idea, especialmente si no llegan a entenderte y tienes tras de ti la presión de decenas de viajeros.

Para los peatones, los pasos de cebra no son garantía de seguridad, hay que ser cautos al cruzar las anchas avenidas. La ciudad tiene grandes parques y espacios peatonales para caminar relajadamente.



Ocio

La vida en Pekín es bulliciosa y la gente vive en las plazas, las calles y los jardines que están llenos de actividad y vida social. Puedes encontrarte gente pescando, danzando, patinando, cantando, practicando tai chi, tocando música, jugando al *mahjong* o a las cartas, etc., y siempre en grupo. Su concepto de la diversión y el ocio no es sofisticado y se les ve disfrutar de lo sencillo.

Si tu desayuno es a base de café y bollería, no te será sencillo encontrar algo de tu gusto, pero existe. Cuando lo descubras mantente fiel a él porque no tendrás muchas alternativas.

Comer no es un problema en Pekín, ya que está lleno de restaurantes, tiendas de alimentación

y mercados callejeros, donde no te será difícil comer algo. Pero no esperes encontrar tortilla de patatas. Aventúrate a probar la gastronomía china, es toda una experiencia. Y preferentemente elige lugares donde veas fotos de los platos de la carta o puedas señalar lo que quieres pedir; es la forma más rápida de entenderse, aunque el solo hecho de tratar de comunicarte te hará pasar un rato divertido. También puedes encontrar algunas franquicias occidentales de comida.

Sanlitun, en el distrito diplomático, es la zona de ocio nocturno por excelencia para los jóvenes, donde se concentran los bares de copas, con música en directo, karaokes y discotecas; que recuerda a los ambientes europeos de diversión, pero con peculiar estilo oriental. Si te acercas a tomar algo, conocerás un aspecto diferente y lúdico de la ciudad.

Puedes encontrarte gente pescando, danzando, patinando, cantando, practicando tai chi, tocando música, jugando al *mahjong* o a las cartas, etc., y siempre en grupo.

Los espectáculos de danza, magia, acrobacias y exhibiciones marciales son frecuentes e interesantes. Si quieres disfrutar de algo que no es habitual en España, date un capricho. No se necesita entender chino para admirar el arte y la estética.

Toda la ciudad es un gran bazar, no vas a tener ningún problema si quieres dedicarle tiempo a las compras. Los centros comerciales están por todas partes y, como ya sabes, las marcas que se venden aquí se fabrican allí. Los chinos tienen un gran afán comercial, pero no vas a descubrir nada que no puedas encontrar hoy en día por internet y tal vez al mismo precio, aunque la relación personal y el regateo es algo que la web nunca podrá sustituir.

Cultura

La cultura china es una mezcla entre lo ancestral y lo moderno, lo tradicional y lo vanguardista, artesanía y tecnología, comunismo y capitalismo, espiritualidad y pragmatismo, entre cuyos extremos encontramos múltiples matices y la sabiduría atemporal de la filosofía oriental atesorada en el pueblo chino a lo largo de los siglos y todavía presente en el carácter popular.

Ejemplos arquitectónicos de esta dicotomía son la Ciudad Prohibida, un complejo residencial de la corte imperial, el Templo del Cielo y el Palacio de Verano, joyas indescriptibles que nos retrotraerán al esplendoroso pasado de los emperadores, junto a edificios vanguardistas como el Gran Teatro Nacional de China, conocido popularmente como «El Huevo» o las instalaciones olímpicas con su conocido Estadio Nacional, llamado «El Nido» por su estructura.

Es imprescindible una visita a los Hutones de Quianmen, un barrio de casas tradicionales que recrea el antiguo estilo de vida chino y alberga una muestra de las artes tradicionales. Contrastando con ellos podemos pasearnos por «798 Art Zone», una antigua zona industrial reconvertida en espacio artístico, que reúne a artistas, galerías y exposiciones de arte que nada tienen que envidiar a las tendencias más actuales de diseño.

La naturaleza espiritual de los chinos es algo que no ha desaparecido con la ideología comunista ni con el pragmatismo capitalista, y se aprecia cómo son visitados con devoción y respeto los centros de culto de Pekín, como el Templo de Confucio, el Templo de los Lamas o la Iglesia de San José, testimonios de la necesidad de búsqueda de lo trascendente en sus distintas formas por el ser humano, más allá de su contingencia social, cultural, económica o política.

La cultura china es una mezcla entre lo ancestral y lo moderno, lo tradicional y lo vanguardista, entre artesanía y tecnología, comunismo y capitalismo, entre cuyos extremos encontramos la filosofía oriental atesorada en el pueblo chino y todavía presente en el carácter popular.

Un capítulo aparte lo constituye esa monumental obra de 8850 km de longitud que es la Gran Muralla, y que justifica (entiéndase sin acritud) la frase coloquial «es un trabajo de chinos». Al igual que la Gran Pirámide, por muchas veces que hayamos visto imágenes y reportajes, su contemplación *in situ* es sobrecogedora. Hay distintos sectores que se pueden visitar; el más popular y turístico es el de Badaling, adonde se puede llegar con transporte público y el ascenso solo es posible con teleférico.

Por último, es evidente que el ejército y el heroísmo nacional está presente en los monumentos públicos y se nota que es parte del orgullo y la identidad del país, por el respeto que se les tiene. Los escolares visitan con interés y asombro el Museo del Ejército, acompañados de sus maestros, que constituye la muestra del poder de la China de hoy en el mundo.

Conclusión

Esta breve crónica no pretende ser exhaustiva, sino un acercamiento a una cultura distinta a la nuestra para desechar prejuicios. Por regla general, se ama lo que se conoce y se rechaza lo que nos es extraño. Viajar nos permite conocer otros horizontes, otras culturas, otras formas de pensar y de ver la vida. Y nos demuestra que los seres humanos no somos tan diferentes en nuestras necesidades y nuestras búsquedas. Todos, en el fondo, tenemos una misma identidad y aspiración: «ser humano».

REFLEXIONA ANTES DE OBRAR

«Reflexiona antes de obrar».
Mas no esperes maravillas
si te lanzas, sin razón
y con riesgo a la aventura.
Piénsalo un par de veces
antes de dar solución
a lo que estás sopesando.

Si te fuera muy abstracto,
reflexiona en el papel,
por escrito, dibujando;
pero no te precipites,
imagina consecuencias.

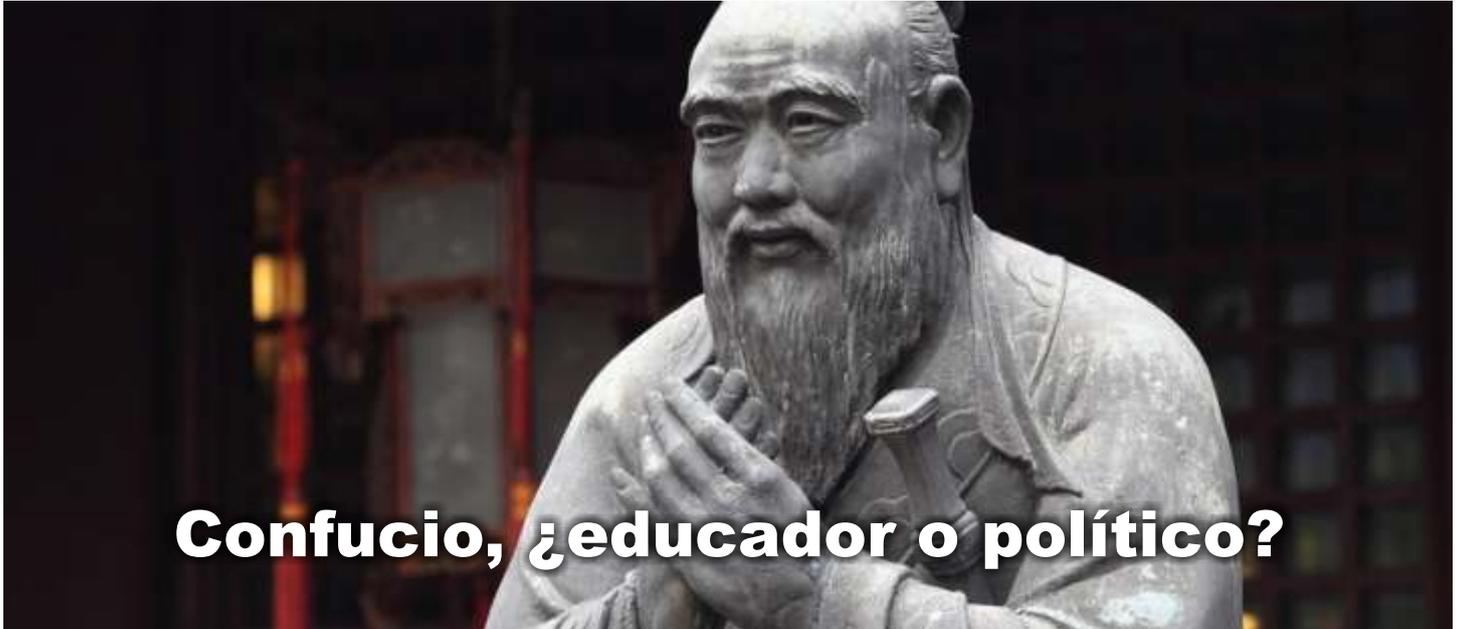
El motor de tu conciencia
ya modela sobre arcilla
todo aquello con que sueñas.
Tras serena reflexión,
de manera bien concreta,
podrás darle solución
al problema que te inquieta.

«Reflexiona antes de obrar»,
-te diría tu maestro-.
«Y conjuga el verbo amar
cuando te sientas dispuesto».

Teresa Cubas Lara

teresacubaslara@gmail.com





Confucio, ¿educador o político?

Confucio es una figura clave en la historia del pensamiento universal. A él le debemos la introducción del humanismo en la sociedad china, un siglo antes de que, en Occidente, Sócrates comenzase a hablar de ética y de moral en la antigua Grecia. Ante la pérdida de valores de la sociedad actual, se muestra como un ejemplo a seguir, tanto en su comportamiento personal como en su actuación como gobernante.

Ricardo Saura

«Donde hay justicia no hay pobreza»
(Kung-Fú-Tsé).

En plena época feudal, descompuesto el antiguo Imperio Celeste en multitud de Estados que continuamente guerreaban entre sí, y donde la corrupción, los abusos, el desorden social y la miseria estaban siempre presentes, aparece este curioso personaje, cuyas enseñanzas van a trascender el tiempo, para convertirse en el eje sobre el que va a girar la vida de la sociedad china a lo largo de casi 2500 años. No en vano ha llegado a ser considerado por sus compatriotas el sabio más grande de todos los tiempos.

Sus mayores aportaciones fueron recoger para la posteridad lo mejor de los textos y tradiciones antiguas y, puesto que su principal objetivo era la educación, transmitir ese conocimiento para la formación ética de sus discípulos, creando la primera escuela abierta a todos (antes de ella, la gente común no tenía derecho a la enseñanza).

Fue el único ser humano en la historia de China respetado por emperadores y por la gente sencilla como un verdadero sabio y educador.

Fue el único ser humano en la historia de China respetado tanto por emperadores como por la gente sencilla como un verdadero sabio y educador. Fue y sigue siendo un modelo de virtudes para todo aquel que busca referencias para vivir en armonía.

Vida y enseñanzas

Como ocurre con todos los grandes personajes de la Antigüedad, la vida de Confucio presenta muchos puntos oscuros que han entrado a formar parte de la leyenda, dado que su biografía más antigua se remonta a casi cuatro siglos después de su nacimiento.

Se acepta que nació en el año 551 a. C. en el estado de Lu. Perdió a su padre a la edad de tres años, sumiendo a su madre y a él en la más mísera pobreza. Sobre su educación, los pocos datos que nos han llegado afirman que fue autodidacta. Su discípulo Tzu King afirmó que no había tenido necesidad de maestros. Sin embargo, debió de tener acceso a textos que le permitieron adquirir una gran cantidad de conocimientos, como demostraría después.

Sus capacidades innatas le llevaron a ocupar diferentes cargos en la administración, como el de inspector de granos a la temprana edad

de diecisiete años. A los diecinueve se casó, teniendo de este matrimonio un hijo y una hija. A los veintiún años fue nombrado inspector de ganados y campos.

Estaba llamado a convertirse en un alto dignatario del Estado, pero al poco tiempo murió su madre, con escasos cuarenta años, y Confucio se retiró de la vida activa, para guardar luto durante veintisiete meses (tal como prescribía la tradición para los empleados públicos). Este tiempo, que invirtió en el estudio, la música y la reflexión, marcó un nuevo rumbo en su vida, pues al término del mismo, decidió dedicarse a su profunda vocación, empezando así su verdadera vida de maestro.



Creó una escuela de carácter humanista, donde la formación del carácter de sus discípulos era su preocupación fundamental. Para ello les enseñaba historia, ciencia política, música, poesía y, sobre todo, ética.

La historia era una de sus principales pasiones, porque consideraba que «en ella encontramos ejemplos de personajes dignos de imitar, y de comportamientos indignos que deben ser evitados».

Respecto a la política diría que gobernar es «servir de ejemplo», puesto que «el pueblo imita lo que hacen los gobernantes». Y añadiría: «Los antiguos gobernantes creían que amar a sus pueblos era el principio esencial de su gobierno, y seguir con rectitud las más elevadas reglas de conducta, el principio esencial que regía sus actos de gobernación sobre el pueblo que amaban».

En cuanto a la música, se esforzó en iniciar una reforma de la misma, para que fuese adecuada para expresar y estimular la armonía interna del espíritu, dado que «un espíritu armónico es la clave para que la conducta sea también armónica».

Sobre la poesía decía que era «la que despierta el alma».

La ética era para él «hacer que nuestros sentimientos sean conducidos por la razón y no arrastrados por la pasión humana», dado que esta última «es la que nos hace perder el entendimiento y la rectitud de nuestra alma».

Uno de los momentos más importantes de su vida fue el viaje a Lo, antigua capital del Celeste Imperio (que él tanto admiraba y cuyos gobernantes eran considerados «Hijos del Cielo»). La visión de sus avenidas, sus construcciones y

monumentos, al tiempo que sus cuadros y estatuas, le hicieron revivir un antiguo pasado de esplendor que él pensaba recuperar para su pueblo. En ese viaje tuvo lugar un encuentro excepcional con Lao Tsé, el otro gran sabio chino, del que obtuvo algunas influencias decisivas para su vida.

Durante veinte años, el maestro viaja, enseña y se pone en contacto con diferentes príncipes, en cuyas rivalidades interviene, solicitado por ellos. Hasta tal punto llegó su fama de hombre sabio que fue llamado por el príncipe de Lu para ocupar el cargo de gobernador de una ciudad, y al cabo de poco tiempo, de ministro de obras públicas, y más tarde de ministro de justicia, el cargo de mayor responsabilidad en el Estado (pues no solo estaba encargado del derecho en sentido estricto, sino de toda la administración).

Logró tales mejoras para su país que los Estados vecinos, temerosos de la influencia negativa que el éxito de Confucio pudiera tener para sus personas, decidieron neutralizarle. El ataque se dirigió hacia el príncipe de Lu (dado que sabían que Confucio era incorruptible): le enviaron como regalo las ochenta mejores y más bellas bailarinas, conducidas por los más hermosos carros y caballos. Así consiguieron que el príncipe perdiera la noción de sus deberes y, desde ese momento, en lugar de escuchar y aceptar los consejos del maestro, como hasta entonces había hecho, se dedicó a su nuevo y selecto harén, olvidando su misión como gobernante.

Creó una escuela de carácter humanista, donde la formación del carácter de sus discípulos era su preocupación fundamental. Para ello les enseñaba historia, ciencia política, música, poesía y, sobre todo, ética.

Confucio, dolorido y acongojado, se marchó de su Estado natal y durante catorce años recorrió diferentes regiones de China, instruyendo a príncipes y mendigos, a jóvenes y ancianos.

Tenía setenta años cuando fue formalmente invitado por el nuevo príncipe a regresar a su país. Allí permaneció hasta su muerte, tres años más tarde. Durante este corto periodo se dedicó a culminar la obra que inmortalizaría su nombre: la recopilación, redacción y edición de los llamados *Cinco libros clásicos*, destinados a ser fuente de inspiración para las generaciones futuras.

Su obra fue continuada por sus discípulos, que recogerían sus enseñanzas y las transmitirían a la posteridad tal como se las enseñó su maestro. En cierta ocasión, sorprendido por estos contemplando el curso de un río, les diría: «Hay una estrecha relación entre las aguas y la doctrina. Las aguas corren sin cesar; corren de día, corren de noche, hasta que se reúnen todas en el seno del vasto mar. Desde los sabios gobernantes Yao y

Schun (míticos fundadores del Celeste Imperio), la sana doctrina ha corrido sin interrupción hasta nosotros; hagámosla correr también nosotros para transmitirla a nuestros sucesores, los cuales, a ejemplo nuestro, la transmitirán a nuestros descendientes, y así sucesivamente hasta el fin de los siglos».

Durante veinte años, enseña y se pone en contacto con diferentes príncipes, en cuyas rivalidades interviene, solicitado por ellos.

La doctrina o enseñanza que Confucio se empeñó en transmitir se basaba en un desarrollo ético del ser humano, sin misticismos vanos, para concentrarse plenamente en el aquí y el ahora. Ante la pregunta que una vez le hicieron sobre la muerte contestó: «si no somos capaces entender la vida, ¿para qué preocuparnos por la muerte?».

Toda su labor pedagógica sobre el individuo persigue una fraternidad y armonía con el resto de los seres, de tal forma que para él no existe diferencia entre ética y política, pues el orden político es el fruto de un orden ético, al que se llega a través de una educación que promueva el desarrollo y evolución personales. En cierta ocasión, un discípulo preguntó a Confucio: «Maestro, ¿cuál es la mejor forma de servir a los dioses?», y el maestro contestó: «Antes de servir a los dioses, preocúpate de servir a los humanos que te rodean, de hacerles nobles, valerosos, honrados, justos y virtuosos; y una vez realizado lo anterior, dedícate a los dioses».

Así, en ningún momento negó la existencia de la divinidad, sino que entendió que si no somos capaces de amar a nuestro prójimo, de nada sirve tratar de llegar al amor divino.

El mundo actual no se diferencia mucho de aquel que Confucio conoció: falta ética en el ser humano, falta justicia en la sociedad, falta fraternidad entre las personas, falta armonía y unión entre los pueblos. Quizá sea, pues, el momento de tener en cuenta las enseñanzas de este gran sabio.



Huellas de Sabiduría

Darle a un hijo una habilidad es mejor que darle mil piezas de oro.
Proverbio chino

Me lo contaron y lo olvidé; lo vi y lo entendí; lo hice y lo aprendí.
Confucio

Si no quieres que se sepa, no lo hagas.
Proverbio chino

Con buenas palabras se puede negociar, pero para engrandecerse se requieren buenas obras.
Lao-Tse

No pretendas apagar con fuego un incendio, ni remediar con agua una inundación.
Confucio

Aquello que para la oruga es el fin del mundo, para el resto del mundo se llama mariposa.
Lao-Tse

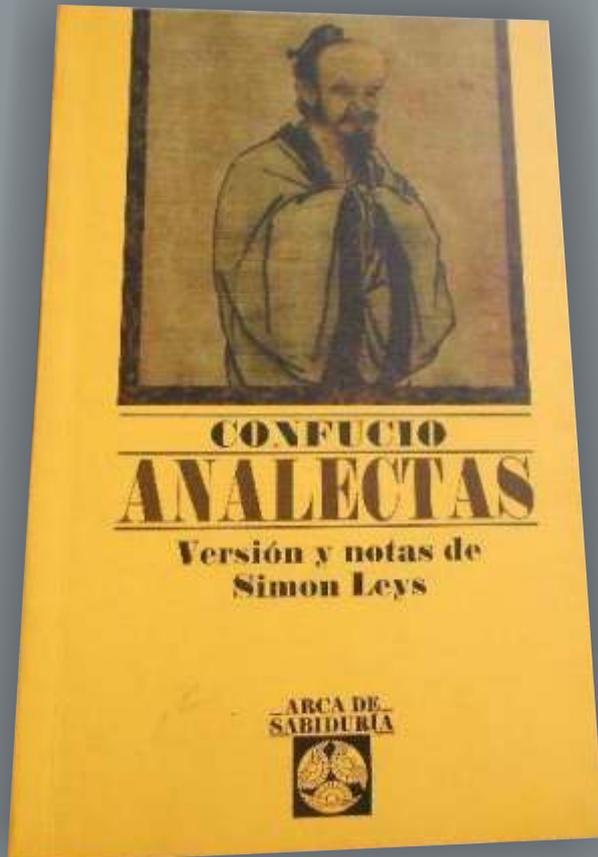
Cuando veáis a un hombre sabio, pensad en igualar sus virtudes. Cuando veáis a un hombre desprovisto de virtud, examinaos vosotros mismos.
Confucio

El agua hace flotar a un barco y también puede hundirlo.
Proverbio chino

Exígete mucho a ti mismo y espera poco de los demás. Así te ahorrarás disgustos.
Confucio

Aquel que obtiene una victoria sobre otro hombre es fuerte, pero quien obtiene una victoria sobre sí mismo es poderoso.
Lao-Tse

Recopilado por Elena Sabidó



Estamos ante una de las ediciones más rigurosas e importantes de esta joya de la filosofía. Su traductor y autor de las notas que introducen el texto, Simon Leys (seudónimo de Pierre Ryckmans), cuenta con el nada despreciable mérito de haber conseguido, con su certera traducción, acercar las palabras del filósofo chino a cualquiera que se adentre en su lectura. El mensaje, ya de por sí práctico, del Maestro Kong, se vuelve sorprendentemente próximo al lector gracias a la habilidad traductora de Leys.

Pero, sin duda, el otro elemento que hace de esta edición un libro valioso es la introducción.

Leys hace un retrato de Confucio en el que el venerable sabio de largas barbas no es para nada un intelectual, sino un verdadero hombre de acción: deportista, jinete y arquero experto, valiente, viajero infatigable y, por supuesto, profundo conocedor tanto de la tradición china como de la psicología humana.

La personalidad ejemplar y su ética inquebrantable hicieron de Confucio un personaje tremendamente amado, pero también temido por el poder, tanto en vida como después de su muerte. La forma en la que sus doctrinas fueron (y son) utilizadas en la China actual, bajo la influencia de las doctrinas de Mao (manipuladas para fomentar la obediencia y servidumbre del pueblo, así como para justificar los actos de represión y censura), hizo que los intelectuales chinos renegaran de las enseñanzas del sabio, olvidando que sus palabras, al ser preguntado sobre cómo servir a un príncipe, fueron: «Dile la verdad, aunque esta le ofenda». Leys revela en su introducción cómo Confucio defendía la rebelión contra las injusticias, especialmente si estas provenían del poder.

Sus palabras siguen siendo hoy toda una guía para ilustrar cómo debe ser el gobernante perfecto y la educación adecuada, razón por la cual se encuentran muchas veces sus ideas asociadas al liderazgo empresarial. El Maestro dijo: «Si un hombre puede conducir su vida rectamente, las tareas del gobierno no serían problema para él. Si no puede conducir su propia vida con rectitud, ¿cómo podría conducir rectamente a los demás?».

Este es un libro que invita a reflexionar sobre la propia vida, y aporta pensamientos de gran valor humano para el día a día. Como dijo el Maestro: «Estudiar sin pensar es inútil. Pensar sin estudiar es peligroso».

